

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

EN EL CENTENARIO
DE
THEODOR MOMMSEN
(1817-1903)

HOMENAJE DESDE LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA

coordinado por

JORGE MARTÍNEZ-PINNA

MÁLAGA
MADRID
2 0 0 5

Ilustración de la cubierta: Theodor Mommsen, según la medalla de su octogenario conservada en la Real Academia de la Historia.

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA.

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID.

© LOS AUTORES.

Depósito Legal: MA-714-2005

ISBN: 84-9747-076-1

Fotocomposición e impresión: IMAGRAF IMPRESORES, S.A.

Polígono Ind. Alameda, 14. 29006 Málaga

IMPERIALISMO DEFENSIVO Y GUERRA JUSTA:
DE TH. MOMMSEN A M. WALZER¹

ANTONIO DUPLÁ ANSUATEGUI
Dpto. de Estudios Clásicos
UPV/EHU

Silent leges inter arma
Cicerón
¿Qué puede producir la guerra, sino guerra sin fin?
John Milton

¿Roma aeterna?

El tema de este trabajo obedece a dos motivos interrelacionados. Por un lado, máxime hoy con motivo del centenario de su muerte en 1903, responde al interés por Theodor Mommsen, la gran figura de la historiografía alemana del siglo XIX, a la que es obligado remitirse para elaborar una visión histórica sobre el análisis moderno de la República romana. Por otro lado, a la preocupación que como ciudadano se puede sentir ante la situación internacional actual, en particular al haber sido involucrado en un momento dado por sus dirigentes políticos en una guerra ilegítima, recurriendo a justificaciones como la guerra preventiva y justa. Precisamente en la *Römische Geschichte* o *Historia de Roma*, un documento excepcional sobre la historiografía y el pensamiento político del siglo XIX, como ha sido caracterizado recientemente², estos conceptos son fundamentales para

¹ El texto recoge básicamente el contenido de la conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza en noviembre de 2003. Agradezco a los colegas y amigos del área de Historia Antigua su hospitalidad, en particular al Prof. Fco. Pina por su invitación, así como sus comentarios y sugerencias entonces. La redacción final del texto, leído y mejorado por Lourdes Oñederra y Rafael Aguila, tuvo lugar durante una estancia en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC), a cuyo personal agradezco su amabilidad y eficacia. De una bibliografía inmensa se dan tan sólo algunas referencias fundamentales.

² TH. WEIDEMANN, «Introduction», en TH. MOMMSEN, *History of Rome*, London, 1996 (repr. ed. 1894), p. xviii.

explicar la expansión romana y su transformación en una potencia mundial en la Antigüedad. En torno a estos temas, las conexiones entre el mundo antiguo y el actual son evidentes.³

Theodor Mommsen, *Römische Geschichte*⁴

Una obra innovadora

Cuando aparece el primer volumen en 1854 Mommsen es profesor en Breslau y cuenta 37 años de edad. Acaba de volver del exilio en Zurich, provocado por su participación en los acontecimientos de 1848-1849 en Leipzig, donde era profesor de Derecho Romano. Pocos años después será contratado como profesor de Historia Antigua en la Universidad de Berlín y comenzará su protagonismo en la *Akademie der Wissenschaften* prusiana.⁵ La *Historia de Roma* es un encargo de los editores Reimer e Hirzel, quienes en Leipzig, tras escuchar una conferencia de Mommsen sobre los Graco, le contratan para escribir una obra de divulgación.⁶ Es posible que los editores se remitieran como modelo a la *History of England* de Macaulay, cuyos dos primeros volúmenes habían aparecido en 1848. La obra de Macaulay, de inspiración liberal, no se limitaba a los asuntos políticos, sino que integraba en el relato histórico los aspectos económicos, sociales y culturales. Su concepción de los cambios implicaba una línea de continuidad y flexibilidad, como en la revolución y la tradición parlamentaria inglesas, frente a la radicalidad y violencia de la Revolución Francesa. Ciertamente tal planteamiento se adaptaba bien tanto a la propia perspectiva de Mommsen, en particular tras la experiencia de 1848, como al horizonte político-mental de sus potenciales lectores.⁷

En la historia de la historiografía la *Römische Geschichte* es una obra maestra en la “alta divulgación” y el éxito de público fue inmediato, reeditándose al poco tiempo.⁸ La respuesta académica

³ En el Coloquio celebrado en la Academia Americana de Roma a fines del siglo pasado, W.V. Harris destacaba el interés por el imperialismo romano y sus posibles paralelismos modernos, refiriéndose entonces a la política exterior del presidente Reagan. Lo hacía en la discusión sobre las ponencias presentadas por Clemente, Linderski y otros (W.H. HARRIS [ed.], *Imperialism in Mid-Republican Rome*, Rome, MAAR, 1984, p. 190).

⁴ He utilizado la edición de dtv. bibliothek, München, 1986⁴, que cuenta con un importante estudio de K. CHRIST («Theodor Mommsen und die ‘Römische Geschichte’», vol. VIII, 7-66 (a partir de ahora *RG*; las citas textuales remiten a las páginas de esta ed. y a la 6ª ed. de 1874 del texto original). El texto está disponible en Internet (www.gutenberg.aol.de/mommsen/roemisch/roemisch.htm). También están disponibles en CD varios de los principales trabajos mommsenianos (*Römische Geschichte*, *Römisches Staatsrecht*, *Römisches Strafrecht*); véase la reseña de S. REBENICH (<http://hsozkult.geschichte.hu-berlin.de/rezensionen/2003-3-103>), con críticas a la falta de actualización de las introducciones que acompañan a los textos. Se ha reeditado recientemente (Madrid, Turner, 2003) la única versión accesible en castellano de la *RG* (Madrid, Turner, 1983), que mantiene la traducción de A. García Moreno de 1876. Sobre esta deficiente traducción: J. A. DELGADO, «La obra de Theodor Mommsen en España: la traducción española de la *Römische Geschichte*», *Gerión*, 21.2, 2003, 45-48. En BABELIA (EL PAIS, 1.11.03, p.19) se dedicaba una página entera al “Centenario de Theodor Mommsen” y se comentaba la reedición citada. Lamentablemente, el prólogo del responsable de esta edición, L.A. ROMERO, «Mommsen y su *Historia de Roma*» es muy insatisfactorio y no da cuenta en absoluto de las investigaciones últimas sobre el historiador alemán. Otra ocasión perdida para presentar la reedición de una obra importante con un sólido estudio historiográfico previo, como suele suceder en otras latitudes académicas.

⁵ La biografía más reciente y actualizada es de S. REBENICH, *Theodor Mommsen. Eine Biographie*, München, Beck, 2002, con muy abundante bibliografía. Se ha reeditado recientemente (1996) A. Heuss, *Theodor Mommsen und das 19. Jahrhundert*, Mit einem Vorwort von Jochen Bleicken, repr. of the ed. Kiel, 1956 (en <http://www.dur.ac.uk/Classics/histos/1997/rebenich.html>, reseña de S. Rebenich).

⁶ Sobre las circunstancias que rodearon el proyecto escribe Mommsen en una carta a su amigo Henzen (citado en J.J. CARRERAS, «La ‘Historia de Roma’ de Mommsen», en TH. MOMMSEN, *Historia de Roma*, Madrid, Aguilar, 1965 (repr. 1986), IV, ahora en IDEM, *Razón de Historia*, Madrid-Zaragoza, 2000, 15-39). En una carta posterior a G. Freytag, reconoce que todo sucedió un tanto por azar (cit. en C. NICOLET, «Introduction», en TH. MOMMSEN, *Histoire Romaine*, ed. de C. Nicolet, Paris, 1985, p. xxxvii, n. 1). Parecía que en aquel momento no tenía en absoluto la intención de escribir una historia romana. En la misma colección, dirigida por Reimer e Hirzel, aparece la *Griechische Geschichte* de E. Curtius.

⁷ TH. WIEDEMANN, «Mommsen, Rome and the German Kaiserreich», en TH. MOMMSEN, *A History of Rome under the Emperors*, London-N.York, 1996, 36-47, p. 44; IDEM, 1996, «Introduction», pp. xv ss. Sobre Macaulay, vid. J. FONTANA, *La historia de los hombres*, Barcelona, 2001, p. 174 s.

⁸ “Ein revolutionäres Programm der Wissenschaftspopularisierung” (S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 90). El vol. 2 apareció en diciembre de 1855, el vol.3 en 1856; en 1856/57 se publicó una 2ª ed. y una 3ª en 1861, con cambios poco sustanciales. En las siguientes ediciones prácticamente no se realizaron cambios.

no fue en absoluto tan unánime y Mommsen fue muy criticado, en especial por los modernismos y presuntos anacronismos de la obra. Sin embargo, el propio Mommsen justificaba dicha opción en una carta a su amigo Henzen en 1854. Con claro criterio pedagógico, pretendía clarificar y acercar los personajes antiguos a sus lectores («descenderlos de los coturnos a la vida real».⁹ Mommsen, según Nicolet, contribuía también de esa manera a la renovación científica en su dimensión divulgativa.¹⁰ Heuss, en todo caso, considera que no se trata meramente de una síntesis de trabajos y conocimientos previamente establecidos, sino de una obra de auténtica elaboración histórica, que constituye un hito historiográfico de contenido renovador.¹¹ En realidad, Mommsen establece los parámetros generales de la interpretación canónica de la historia romana republicana: una república aristocrática alterada en su estructura por la conquista, con la aparición de un “capitalismo financiero”, una revolución entendida como una transformación constitucional que, a partir de los Graco, supone la alteración de la constitución republicana tradicional, que enfrenta a sectores populares con la aristocracia y que contempla en ocasiones la alianza de los capitalistas con los proletarios. En términos más generales, es la interpretación de los propios romanos desde el siglo I a.C., esto es, unos primeros siglos de crecimiento y desarrollo hasta la plenitud de fuerza y cohesión política, moral y social, para una vez alcanzado el cenit comenzar un declive, que culmina en la serie de crisis de la república final. Ésa es también la reconstrucción de Niebuhr, pero frente a éste, que privilegia los primeros siglos, Mommsen destaca la potencia de la República itálica y subraya la continuidad de la historia romana.¹² Este esquema, que se repite en las grandes historias académicas de principios del siglo XX, como la Cambridge Ancient History, se mantiene hasta la aparición de las innovaciones historiográficas que representan la prosopografía, con Münzer y Gelzer, y la historia social y económica, a partir de Beloch y Rostovzeff.¹³

En 1902, en una decisión polémica, le fue concedido a Mommsen el premio Nobel de Literatura, por su calidad de maestro en el arte de la exposición histórica. Su *Römische Geschichte* se convertía así en un “clásico” más allá de los círculos estrictamente historiográficos.¹⁴

El proyecto inicial de la obra contaba con tres tomos, dedicado el tercero de ellos al Imperio. Sin embargo, Mommsen tan sólo publicará en 1885 un volumen V, dedicado a las provincias del Imperio, que constituye propiamente una obra distinta en perspectiva, realización y presupuestos científicos.¹⁵ El volumen IV sobre el Principado nunca fue escrito.¹⁶ Se han avanzado numerosas hipótesis para explicar este hecho, desde su presunto rechazo posterior a una obra “de juventud”, su incomodidad al abordar en época imperial el tema del cristianismo, sus limitaciones en relación con las regiones orientales del Imperio, hasta una concepción distinta de la historia, atenta a los nuevos materiales documentales (epigráficos, arqueológicos, etc.) reflejada en el vol. V, frente a

⁹ “Vor allem, die Alten herabsteigen zu machen von dem phantastischen Kothurn, auf dem sie der Masse des Publikums erscheinen, sie in die reale Welt, wo gehasst und geliebt, gesägt und gezimmert, phantasiert und geschwindelt, wird, den Lesern (zu) versetzen” (comentado en A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 64). Véase S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 90.

¹⁰ C. NICOLET, «Introduction», p. xxxviii.

¹¹ A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 91. De hecho, esa noción de síntesis histórica es anacrónica en relación con la *Römische Geschichte*.

¹² A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 77.

¹³ C. NICOLET, «Introduction», pp. xxxxi s.

¹⁴ “Selten fühlt man so lebhaft wie beim Studium von Mommsen ‘Römische Geschichte’ dass Klio eine der Musen war. (...) So gross ist die Kraft der historischen Wissenschaft, wenn sie zugleich grosse historische Kunst ist”. (de la laudatio en la concesión del Premio Nobel, cit. en la ed. de dtv bibliothek). Sobre el Nobel y Mommsen: G. AHLSTÖRM, «Petite histoire de l’attribution de P.N. a T.M.», en TH. MOMMSEN, *Histoire Romaine*, Paris, 1960 (cit. en C. NICOLET, «Introduction», p. ix); H. SCHLANGE-SCHÖNINGEN, «Theodor Mommsen (1817-1903)», *Antike Welt*, 33, 2002, 698-703. Este último explica los prejuicios ideológicos que pudieran explicar la decisión del Comité del Nobel, frente a candidatos tan cualificados como L. Tolstoi, el gran favorito.

¹⁵ A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, pp. 90 s.: “ein Annex”; S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 90.

¹⁶ Según C. NICOLET («Introduction», p. xxxi) su *Römisches Staatsrecht* cubriría este vacío.

un relato político-militar menos interesante, ya tratado además por los propios autores antiguos (Tácito, Suetonio, Dión Casio, Historia Augusta). Recientes hallazgos de manuscritos, tanto de apuntes de los seminarios de Mommsen de 1882 a 1886, como de textos del propio Mommsen, permiten aclarar algo este problema, pero no resuelven el interrogante último.¹⁷ Quizá Heuss se acerque a la verdad, cuando afirma que si Mommsen no escribe el vol. IV, es porque conscientemente no quiere hacerlo, al entrar en una nueva etapa de su biografía académico-intelectual a partir de 1860. En ese sentido la labor de recogida y sistematización de nuevas fuentes, en particular las epigráficas, se tornaba prioritaria y ese “programa científico” implicaba una nueva perspectiva histórica¹⁸, al margen de los parámetros de la historia de los emperadores transmitida por Tácito y otros autores.¹⁹ Pero también cabe pensar, como ha apuntado Wiedemann, que la historia imperial, en sentido histórico-político, motivaba menos a Mommsen, a partir de una consideración negativa del Imperio como final y superación de una historia nacional, idea que se puede remontar cuando menos a Niebuhr.²⁰

Presupuestos historiográficos y políticos

Mommsen se considera heredero de Niebuhr y Savigny, en particular en el tratamiento de la epigrafía como fuente fundamental para la reconstrucción histórica y en su concepción del derecho y del Estado como emanación de una historia nacional. Así lo reconoce vehementemente en su *Antrittsrede* en la Academia de Ciencias de Berlín en 1858, aunque ciertamente supera en metodología y perspectiva a ambos.²¹

De estudiosos como Rubino y Drumann recibe influencias en el tratamiento de la historia de las instituciones romanas y en su valoración general de determinados grandes personajes de la República romana.²² Sin embargo, Mommsen supera plenamente la historia biográfica de Dru-

¹⁷ Se trata, por una parte, de las notas de su alumno S. Hensel, relativas a los seminarios de Mommsen sobre historia imperial, desde la batalla de Tapso hasta la caída de Roma ante Alarico en 420 y, por otra, el denominado “Akademie Fragment” (12 folios con el comienzo del libro VI, “La consolidación de la monarquía”), que presenta los bordes quemados, quizá a consecuencia del incendio de la casa de Mommsen en 1880. Se editan por primera vez, en TH. MOMMSEN, *Römische Kaisergeschichte*, hrg. von B. u. A. Demandt, München, Beck, 1992. El segundo texto se incluye también en A. DEMANDT, «Das Akademie-Fragment zur Kaisergeschichte», en IDEM, *Theodor Mommsen, I Cesari e la decadenza di Roma*, Roma, 1995, p. 41 ss. Edición inglesa, TH. MOMMSEN, *A History of Rome under the Emperors*, London-N.York, 1996, con un estudio introductorio de TH. WIEDEMANN, «Mommsen, Rome and the German Kaiserreich», 36-47.

¹⁸ “Es ist die Grundlegung der historischen Wissenschaft, dass die Archive der Vergangenheit geordnet werden” (discurso de ingreso ante la Academia de Ciencias de Berlín en 1858: TH. MOMMSEN, *Reden und Aufsätze*, ed. O. Hirschfeld, Berlin, 1905, “Akademische Antrittsrede (1858)”, p. 37. Iggers enmarca este hecho en la evolución historiográfica en la segunda mitad de siglo, hacia lo que denomina “new empiricism” (G.G. IGGERS, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Wesleyan University Press, 1983, p. 131). Es interesante la observación de Momigliano en su reseña de las biografías de Heuss y Wucher, en el sentido de que la *RG* es una obra típica de su época, mientras la producción posterior de Mommsen es un embrión de la historia social y cultural del siglo XX (A. MOMIGLIANO, *Secondo Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1960, 421-427; antes en *Gnomon* 30, 1958, 1-6).

¹⁹ TH. WIEDEMANN, «Introduction», p. v; K. BRINGMANN, «Zur Beurteilung der römischen Kaiserzeit in der deutschen Historiographie des 19. Jahrhunderts», en E. GABBA - K. CHRIST (eds.), *L'Imperio Romano fra storia generale e storia locale*, Como, 1991, 57-81. Bringman (p. 75) destaca cómo Mommsen distingue “Reichsgeschichte” (objeto de estudio científico y de ahí el vol V de la *RG*) de “Kaisergeschichte”.

²⁰ Según Niebuhr, la historia del Imperio era asombrosa, pero desde el punto de vista nacional y político triste e infeliz (“traurig und unerfreulich”). Así se expresa en *Vorträge über die römische Geschichte an der Universität zu Bonn gehalten*, 1848, vol. III, p. 163 (cit. en K. BRINGMANN, «Zur Beurteilung der römischen Kaiserzeit in der deutschen Historiographie des 19. Jahrhunderts», p. 58). Véase la valoración negativa que hace Mommsen del régimen de Augusto en una conferencia de 1871 («Die germanische Politik des Augustus», *Reden und Aufsätze*, 316-342, esp. pp. 320 ss.)

²¹ «Akademische Antrittsrede (1858)», en *Reden und Aufsätze*, pp. 35-38. E. LEPORE subraya el avance que supone la obra de Mommsen respecto a los anteriores («Introduzione», en TH. MOMMSEN, *Le opere*, Milano, 1966, p. XLII).

²² Rubino, profesor en Marburgo, fue autor de *Untersuchungen über römische Verfassung und Geschichte* (1839). Drumann, profesor en Heidelberg, fue autor de una *Geschichte Roms in seinem Übergänge von der republikanischen Zeit zur monarchischen Verfassung* (1843-1844), en realidad una serie de monografías sobre importantes familias de la República final. Según Wilamowitz, influyó mucho en Mommsen, por ejemplo en su visión negativa de Cicerón y en su elogio de César. La *Historia* de Drumann fue corregida y reeditada por Groebe entre 1899 y 1908.

mann o la crítica filológica de Niebuhr e integra en su síntesis la documentación sobre la cultura material que aporta la nueva documentación no estrictamente literaria. Niebuhr había sentado las bases de la historiografía moderna sobre el mundo antiguo, al plantear la necesidad de una nueva reconstrucción histórica que no fuera una mera versión de la tradición literaria, sino fruto de una propia y rigurosa investigación.²³ Mommsen va más allá en esa concepción, por encima de la tradicional división entre el género histórico y el anticuariado, hacia una ampliación del objeto de estudio histórico, una sistematización de todas las fuentes documentales disponibles y una renovación metodológica, que implica una convergencia de todas las disciplinas en la reconstrucción histórica.²⁴ Se trata de un fenómeno que cuenta con ilustres esbozos previos (Montesquieu, Voltaire, Gibbon), pero que cristaliza en el siglo XIX, con Mommsen como uno de los representantes más insignes.²⁵ De hecho, su rechazo de una historia antigua concebida como un relato político-militar dependiente de los grandes autores antiguos le provocará una creciente desconfianza y escepticismo hacia los historiadores más tradicionales.²⁶ En su concepción de la historia Mommsen supera el estadio de una historia de las grandes individualidades, alcanzando auténticos esbozos de “historia total”, en opinión de Nicolet. Ciertamente, esa historia en la que se integran tanto la economía, como la literatura o el arte, representa una obra única en la propia producción mommseniana. Ni antes ni después, recuerda Heuss, elabora una obra en similares términos, “so etwas wie eine Kulturgeschichte der römischen Republik”.²⁷

Un elemento clave en la interpretación histórica mommseniana es el papel del Estado, que remite a la concepción del papel del Estado en la historiografía alemana del siglo XIX. Un gran especialista, Iggers, ha formulado este presupuesto historiográfico como la creencia en el Estado como un fin en sí mismo y, en particular, en el “Machtstaat”, el “Estado fuerte”. Este Estado concebido de forma idealista como un ente “individual”, y como expresión de una identidad esencial nacional, se personifica en la Prusia reformista de los Hohenzollern, modelo de ese “Obrigkeitsstaat” ilustrado buscado por intelectuales y políticos alemanes a lo largo del siglo. Representa una tradición alejada tanto del parlamentarismo inglés cuanto de la experiencia revolucionaria francesa y, aplicada al estudio histórico, se reflejará en la obra de los historiadores germanos más destacados de la centuria, de Ranke a Droysen o el propio Mommsen.²⁸ Esta noción estrictamente nacional del Estado, que atribuye una misión (“Lebensaufgabe”) a cada nación, implica una relación estrecha entre la unidad nacional y la libertad, incluso la subordinación de esta última a la primera.²⁹ En ese sentido, las nacionalidades son los factores determinantes de la vida histórica,

²³ Sobre Niebuhr y Mommsen, A. HEUSS, 1968, «Niebuhr und Mommsen. Zur wissenschaftsgeschichtlichen Stellung Theodor Mommsens», *A&A*, 14, 1968, 1-18 (ahora en *Gesammelte Schriften* 3, Stuttgart, 1699-1716).

²⁴ Sobre historia y anticuariado, A. MOMIGLIANO, «Ancient History and the Antiquarian», *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1955, ahora «Storia antica e anticuaria» en IDEM, *Sui fondamenti della storia antica*, Torino, 1984, 3-45.

²⁵ Para C. NICOLET («Introduction», pp. XIV ss.), Mommsen realiza una gran síntesis del proceso de transformación de las cuatro grandes áreas de las Ciencias de la Antigüedad (filología, arqueología, epigrafía y derecho), habido en la generación anterior, con nombres como K. Lachmann, K.O. Müller y B. Borghesi, entre otros.

²⁶ Sobre su concepción de la historia y la historiografía véase su discurso de 1874 en Berlín («Rede bei Antritt des Rektorates: Über das Geschichtsstudium», *Reden und Aufsätze*, pp. 3-16). Mommsen subraya la dificultad de la labor del historiador, tarea solitaria y genial, no rutinaria ni mecánica (“Der Geschichtsschreiber gehört vielleicht mehr zu den Künstlern als zu den Gelehrten”, p. 11). En su correspondencia con Wilamowitz expresa esa desconfianza (cit. en A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 93).

²⁷ A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 68.

²⁸ G.G. IGGERS, *The German Conception of History*, pp.7 ss.; vid. también J.J. CARRERAS, *Razón de Historia*.

²⁹ G.G. IGGERS, *The German Conception of History*, p. 99. La “Lebensaufgabe” nacional es un expresión del historiador Pfizer. La idea tiene una gran influencia posterior, con su expresión más virulenta en los fascismos nacionalistas del siglo XX. No es casual, por tanto, que aparezca una referencia a Mommsen en la “Introducción” de J. APARICIO BERNAL a las *Obras Completas* de José Antonio Primo de Rivera (Madrid, 1959, p. XXVII). Sobre este tema, A. DUPLÁ, «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», *Rivista di Storia della Storiografia moderna*, XIII.3, 1992, 199-213 (también en J. D'ENCARNAÇÃO [ed.], *Actas do II Congresso Peninsular d'Historia Antiga*, Coimbra, 1993, 337-349).

que deben constituirse necesariamente en Estados.³⁰ Esta noción del Estado, de raíz hegeliana, puede haber llegado a Mommsen a través de Droysen³¹, aunque como apuntaba Iggers, se respiraba en el ambiente intelectual de la época. Esta visión implica también la noción de nacionalidades superiores e inferiores y la pervivencia hegemónica de las más aptas, por ejemplo, Roma.³² También en Mommsen la Historia, entendida en cuanto historia de los Estados, es una lucha entre la necesidad y la libertad (“Notwendigkeit und Freiheit”) y de ahí la dimensión ética del problema.³³ El historiador debe analizar esos procesos, para seguir hacia atrás la evolución de las culturas no realizadas a las plenamente realizadas (“vollkommen”) y la dominación de las culturas y pueblos menos desarrollados ante las naciones más desarrolladas.³⁴ La unificación nacional resulta así la culminación, la perfección, la realización de la existencia humana. Se trata, en última instancia, de una historia teleológica.³⁵ Es en esos procesos y en esos marcos nacionales donde surgen las individualidades destacadas, en clave hegeliana (“welthistorische Individue”), como representantes y ejecutores de esa necesidad histórica. El valor mayor de estos grandes individuos, como apunta Iggers, es el de saber interpretar las grandes corrientes de la historia y protagonizar el cumplimiento de las tareas históricas en un momento dado, en relación siempre con la formación o el desarrollo de un Estado. En Mommsen, el paradigma de esa interpretación sería César.³⁶

Todos estos presupuestos ideológico-historiográficos se aprecian con nitidez en la *Römische Geschichte*. También la centralidad del Estado, en cuanto realización de un proyecto nacional, es patente en la interpretación histórica de Mommsen. Si bien se ha planteado que el reflejo más acabado de esta concepción es la aparición en 1871 del primer tomo de su *Römisches Staatsrecht*,³⁷

³⁰ “wie für das römische so auch für jedes andere auf der Nationalität ruhende staatliche Gemeinwesen verwendet” (*Römisches Staatsrecht*, III, pp. 1 ss.), comentado en K.J. HÖLKESKAMP, «Zwischen System und Geschichte. Theodor Mommsens Staatsrecht und die römische “Verfassung” in Frankreich und Deutschland», en H. BRUHNS, J.-M. DAVID, W. NIPPEL (eds.), *Die späte römische Republik. La fin de la République romaine*, Rome, 1997, 93-111, esp. p. 107.

³¹ Droysen participa también de la dialéctica hegeliana en su concepción de las diferentes etapas históricas, unas conteniendo el germen de las siguientes, como el helenismo síntesis de los mundos griegos y oriental. Ver la introducción de H.-J. GEHRKE a J.G. DROYSSEN, *Geschichte des Hellenismus*, Darmstadt, 1998, v-xv.

³² Un pensamiento típico de la época, del que participan también, por ejemplo Marx y Engels. Véase R. ROSDOLSKY, *Friedrich Engels y el problema de los pueblos “sin historia”*, México, 1980. Vid. infra, n. 88.

³³ “Die Geschichte, der Kampf der Notwendigkeit und der Freiheit, ist ein sittliches Problem” (*RG*, vol. III, p. 465 / vol. II, pp. 451ss.). Este planteamiento de resonancias kantianas tiene implicaciones importantes, pues el criterio de necesidad puede ser utilizado para justificar cualquier decisión. M. WALZER (*Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Barcelona, 2001, pp. 30 ss.), señala acertadamente que Tucídides utiliza el criterio de necesidad en boca de los generales atenienses para justificar su postura en el diálogo de los melios (la necesidad de Atenas de preservar su imperio y no dejar que el ejemplo de Melos y su neutralidad pudiera ser utilizado como prueba de debilidad). Hobbes, traductor de Tucídides como nos recuerda Walzer, retomará el argumento de “necesidad de la naturaleza”. Sobre la idea de necesidad en Mommsen, CH. MEIER, «Das Begreifen des Notwendiges. Zu Theodor Mommsens Römischer Geschichte», en R. KOSELLEK (ed.), *Formen der Geschichtsschreibung*, München, 1982, 201-244 (*non vidi*).

³⁴ “Wohl aber liegt es dem Geschichtsforscher ob, die sukzessive Völkerschichtung in dem einzelnen Lande darzulegen, um die Steigerung von der unvollkommenen zu der vollkommeneren Kultur und die Unterdrückung der minder kulturfähigen oder auch nur minder entwickelten Stämme durch höher stehende Nationen soweit möglicher rückwärts verfolgen”. (*RG*, vol. I, p. 24 / vol. I, p. 8).

³⁵ “Der Nationalstaat ist das Telos der Geschichte” (S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 92; cf. A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, p. 85).

³⁶ Sobre los “individuos históricos”: G.W.F. HEGEL, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974, p.90 ss. Sobre esta dimensión de César: *RG*, vol. V, p. 233 (vol. III, p. 568).

³⁷ W. NIPPEL, «‘Geschichte’ und ‘Altertümer’. Zur Periodisierung in der Althistorie», en W. KÜTTLER, J. RÜSEN, E. SCHULIN (eds.), *Geschichtsdiskurs. I. Grundlagen und Methoden der Historiographiegeschichte*, Frankfurt a.Main, 1993, 307-316, esp. pp. 310 s. En su reconstrucción del Derecho Romano, Mommsen parte también de la existencia en Roma de un Estado como un todo orgánico, analizable en cada parte aisladamente y después en la ordenación y funcionamiento del conjunto (Y. THOMAS, «Mommsen et l’Isolierung du Droit», introducción a la reimpr. del *Droit Public*, Paris, 1984). Para Thomas esta concepción del derecho constitucional se relaciona con el papel que el Estado (el Reich propiamente como expresión suprema de la colectividad) asume entre los juristas alemanes a partir de la crisis político-institucional de 1861-1866. K.J. HÖLKESKAMP habla de “holistisch geschlossene, metahistorisch-statische Gebäude eines Staatsrechts” en Mommsen («Zwischen System und Geschichte. Theodor Mommsens Staatsrecht und die römische “Verfassung” in Frankreich und Deutschland», p. 108).

pensamos que este presupuesto teórico es evidente ya en la *Römische Geschichte*, como veremos. Por otra parte, estas posiciones se traducen en la arena política contemporánea en el drama de los liberales alemanes del siglo XIX y su ambivalente relación con Bismarck, drama del que participará plenamente el propio Mommsen.³⁸

Este punto, planteado por Iggers, nos conduce directamente a otro tema central en la obra de Mommsen y en particular en su *Historia de Roma*. Se trata de la imbricación directa de historia y política en alguien que, como él mismo reconocía, era incapaz de seguir la máxima tacitea de escribir “sine ira et studio”, tan caro a Ranke.³⁹

De hecho, se reconoce de forma unánime que la *Römische Geschichte* se nutre de la experiencia de la revolución de 1848. Más aún, según Rebenich, la obra trasluce las frustraciones personales del Mommsen partícipe entusiasta en el fracasado estallido de 1848/49. De ahí tanto su recelo ante las elites conservadoras, por su egoísmo, sus tendencias acomodaticias, su cobardía y su arrogancia, cuanto su recelo ante los sectores más radicales y de “izquierdas”, por su extremismo y radicalismo.⁴⁰ Todos estos elementos son reconocibles en su reconstrucción de la crisis romana tardorrepública, aunque Mommsen es consciente de que la república romana no es ningún Estado moderno, en especial por la ausencia del principio de representación parlamentaria, agravado en Roma por los inconvenientes de una democracia directa en la que la masa (de la ciudad de Roma) es la que actúa en la asamblea.⁴¹

La implicación política es permanente a lo largo de toda su biografía. A su regreso de Italia, está ya convencido de la necesidad de que Schleswig-Holstein, su tierra natal, se independice de la corona danesa para adherirse a Prusia. Tomó parte activa en los episodios de 1848/49 en Leipzig con sus colegas y amigos Jahn y Haupt, todos miembros del *Deutsches Verein*, lo que motivará su expulsión de la universidad y su exilio a Zurich. A su regreso, en Breslau, participará activamente en los *Preussische Jahrbücher*, portavoz del liberalismo prusiano. Es parlamentario en el Landtag de Prusia con el *Deutsche Fortschrittspartei* y finalmente de 1881 a 1884 en el Reichstag.⁴²

En realidad, Mommsen es expresión del nacionalismo alemán de la primera mitad del siglo XIX en su vertiente más liberal, que propugna una línea federativa reformista, a partir de la existencia de una comunidad nacional alemana indudable, pero que no necesariamente juega con la perspectiva de un Estado nacional único y centralizado.⁴³ Pero el fracaso de 1848 reforzó su desconfianza ante la escasa voluntad reformista de los príncipes alemanes y su esperanza en las posibilidades reformadoras de un Estado nacional alemán centralizado y unificado alrededor de Prusia. Partidario de la “pequeña Alemania”, sin la unificación con Austria, participa del entusiasmo nacionalista ante la unidad alemana, entusiasmo que resulta evidente tanto en sus

³⁸ Se trata, en última instancia, del fracaso ante Bismarck de un liberalismo excesivamente mediatizado por el nacionalismo. Pocas voces, entre ellas, por cierto, la de Mommsen, se alzan ante la deriva autoritaria de Bismarck (G.G. IGGERS, *The German Conception of History*, pp. 92 ss.).

³⁹ Tácito, *Ann.*, 1.1. Lo reconoce así a von Preller (cit. en J.J. CARRERAS, «La ‘Historia de Roma’ de Mommsen», p. 1). El propio Mommsen se autodefinirá en su testamento como un permanente *animal politicum* (v. infra, n.51). Este planteamiento marca una diferencia radical con Ranke (E. LEPÖRE, en TH. MOMMSEN, *Le opere*, p. XIII).

⁴⁰ S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 69; J. LINDERSKI, «Si vis pacem, para bellum», en W.V. HARRIS (ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome*, Roma, 1984, p. 132.

⁴¹ En el cap. dedicado a T. Graco, Mommsen apunta las limitaciones del modelo antiguo y su incapacidad para superar el estadio de la ciudad y alcanzar el plenamente estatal, al desconocer el principio de representación parlamentaria (“Grundfehler der Politie des Altertums”, *RG*, vol. III, p. 103 / vol. II, p. 94). Vid. S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 91.

⁴² No se presenta a la reelección, quizá como consecuencia de su voto afirmativo (con dudas) al mantenimiento de las leyes de excepción de Bismarck contra los socialistas (C. NICOLET, «Introduction», p. XXXV; G. PASQUALI, «Il testamento di T. Mommsen», *RSI*, 1949, p. 348).

⁴³ Vid. D. LANGEWIESCHE, «Imperio, Estado y Nación en la historia alemana reciente», en J.M. ORTÍZ DE ORRUÑO - M. SAALBACH (eds.), *Alemania (1806-1989): Del Sacro Imperio a la caída del muro*, Vitoria-Gasteiz, 1994, 31-60.

intervenciones públicas durante la guerra franco-prusiana de 1870⁴⁴, como en la celebración de los logros culturales y materiales derivados de la nueva unidad nacional.⁴⁵ Sin embargo, la evolución militarista, radicalmente conservadora y agresiva de cara a la homogeneidad interna del Reich (antisemitismo, represión de las minorías nacionales, etc.) del Estado prusiano en el último cuarto de siglo, provocará su alejamiento de la política activa y claros posicionamientos críticos.⁴⁶ Hijo espiritual del liberalismo nacido en la Ilustración, en la estela de W. von Humboldt y otros, Mommsen representa, en términos de Carreras, el punto de vista contradictorio e idealista de la pequeña burguesía liberal alemana del siglo XIX.⁴⁷ De ahí su aparente ambivalencia política⁴⁸: liberal y partícipe activo en 1848, nacionalista y admirador de la tarea nacional de Bismarck y César, pero enemigo del Bismarck más agresivo y de los junkers, así como de los localismos y también del federalismo.⁴⁹ Su aspiración a un gobierno nacional fuerte, por encima de los antagonismos de clase, explica sus críticas a los socialistas, pero también a la gran burguesía.⁵⁰ De hecho, en un artículo de 1902, al final de su vida, denuncia el autoritarismo y absolutismo prusianos, así como la condena sumaria de los partidos obreros, y aboga por una alianza entre liberales y socialdemócratas frente a la amenaza que representa esa deriva autoritaria.⁵¹ Cabe pensar, en particular a la vista del codicilo de su testamento escrito en 1899, que ante el mundo político circundante el sentimiento final de Mommsen es el de un profundo pesimismo.⁵²

⁴⁴ Mommsen publicó en 1870 varias cartas en los periódicos de Milán *La Perseveranza* e *Il Secolo*, llamando a la neutralidad italiana en la guerra franco-prusiana y reivindicando la anexión de Alsacia y Lorena, dada la condición germanoparlante y culturalmente alemana de su población. Las cartas están editadas en TH. MOMMSEN, «Lettere agli Italiani (1870)», con una nota de G. LIBERATORI, *QSt.* 4, 1976, 197-247. Provocó una enérgica respuesta francesa, entre otros de N.-D. FUSTEL DE COULANGES («L'Alsace est-elle allemande ou française? Réponse a Mr. Mommsen», comentada en C. NICOLET, «Introduction», pp. xxxv ss.; sobre la polémica y el tema del *ius sanguinis / ius solis*, I. ALVAREZ DORRONSORO, *Diversidad cultural y conflicto nacional*, Madrid, Talasa, 1993, p. 23. En una conferencia de 1871 («Die germanische Politik des Augustus», *Reden und Aufsätze*, 316-342), tras aludir al comienzo a la empresa suprema de la construcción de un Estado nacional («die Vollendung des menschlichen Daseins», p. 316), Mommsen finaliza con una alusión que conecta la derrota de Varo con la victoria prusiana en Sedan («Zurück! ist der Schlachtruf der Deutschen gewesen, zuerst in der Varusschlacht und zuletzt bei Mars-la-Tour und Sedan», p. 342). M. WALZER estudia el caso de Alsacia y Lorena para ilustrar el problema de los derechos de las comunidades políticas (*Guerras justas e injustas*, pp. 91 ss.; v. infra n. 105).

⁴⁵ Con motivo del cumpleaños del Kaiser Guillermo I, Mommsen pronuncia una conferencia sobre la unidad nacional como resultado de la necesidad y el peligro exterior («Die nationale Einigung ein Werk der nationalen Notwehr», *Reden und Aufsätze*, pp. 121 ss.). En el caso alemán habría sido fundamental para el éxito la unidad en torno a la autoridad del Kaiser: «Wir Deutschen sind ein treues Volk (...) in der Treue gegen unseren Herrscher finden wir uns zusammen. Hier gibt es keine Parteien und keine Konfessionen; wer das Gegenteil sagt, der sagt mit Bewusstsein die Unwahrheit. In diesem Zeichen haben wir gesiegt und werden wir, sollte es nötig sei, wiederum siegen» (p. 131).

⁴⁶ En 1880 Mommsen interviene públicamente contra el ascenso del antisemitismo, en abierta polémica con H. von Treitschke («Auch ein Wort über unser Judentum», *Reden und Aufsätze*, 410-426; S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, pp. 170 ss.).

⁴⁷ J.J. CARRERAS, «La 'Historia de Roma' de Mommsen», p. xi; «erbkaiserlich-kleindeutsch orientiert Liberaler», en términos de S. REBENICH (*Theodor Mommsen*, p. 68). A. WUCHER lo define sucintamente: «ein 1848er» («Theodor Mommsen als Kritiker der deutschen Nation», *Saeculum*, 2, 1952, p. 257).

⁴⁸ J. LINDERSKI, «Si vis pacem, para bellum», p. 139.

⁴⁹ Esto último una posición un tanto inusual entre los liberales (TH. WIEDEMANN, «Introduction», p. xiv).

⁵⁰ Se explica así su rechazo del partido socialdemócrata, por la imposibilidad de llegar a pactos sobre la cuestión nacional. Incluso, en 1884, tras muchas dudas, incluso una intervención pública a favor de su derogación, votará finalmente a favor del mantenimiento de las leyes de excepción contra el movimiento socialista. Heuss interpreta esta posición en clave de la táctica de los liberales para evitar una disolución del Parlamento por Bismarck (A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, pp. 213 ss.).

⁵¹ «Was uns noch rettet kann», *Die Nation* (el periódico liberal editado por su amigo Th. Barth), 13.12.1902, reproducido en L.M. HARTMAN, *Theodor Mommsen. Eine Biographie*, Gotha, 1908; véase A. HEUSS, *Theodor Mommsen*, pp. 217 ss. En su discurso ante la Academia en 1880 ya había denunciado los recortes de la libertad y unidad de la comunidad ciudadana, amenazada por la intolerancia y por el egoísmo de los intereses materiales y religiosos («Rede zur Vorfeier des Geburtstages des Kaisers [1880]. Die wissenschaftlichen Unternehmungen der Akademie unter der Regierung Kaiser Wilhelms I», *Reden und Aufsätze*, 89-103, esp. p. 92).

⁵² El documento se publica por primera vez en 1948, en la revista alemana *Die Wandlung* (3, p. 69), provocando una gran polémica. Mommsen se autodefine como *animal politicum*, reivindica su condición permanente de ciudadano, pero expresa su amargura y total decepción ante la política prusiana de la época. Dada la imposibilidad de ejercer propiamente la ciudadanía, manifiesta su absoluto desapego por el pueblo alemán. Sobre el tema, H. BENGSTON, «Th. Mommsen», *Welt als Geschichte*, 1955; G. PASQUALI, «Il testamento di T. Mommsen», *RSI*, 1949, 337-350; A. WUCHER, «Theodor Mommsen als Kritiker der deutschen Nation», *Saeculum*,

La historia de Roma como historia nacional

Fruto de una combinación de romanticismo e historicismo, se impone en la historiografía germana del siglo XIX una concepción del pueblo-nación como un organismo vivo con esencia propia (“Volksgeist”) y continuidad a lo largo de la historia. Mommsen aplicará esa noción a la historia de Roma como historia nacional romana, cuya grandeza se expresa en la unificación de Italia. El historiador alemán subraya al comienzo de su obra que pretende escribir la historia de Italia, no la de la ciudad de Roma: “die Einigung zu einem Staate des gesammten Stammes der Italiker”.⁵³

En la *Römische Geschichte* hay dos ejes históricos, por una parte la unidad nacional itálica y por otra, como consecuencia y al mismo tiempo germen destructor de la anterior, la formación del imperio. La síntesis se consigue gracias a una figura excepcional como es César, líder de una rejuvenecida nación italo-helénica en la cuenca mediterránea.⁵⁴ La valoración enormemente positiva de César es comprensible en la clave antiaristocrática de Mommsen y dado su diagnóstico de la situación de deterioro irreversible del sistema republicano. César es el único genio de la historia de Roma, sin más aspiración que la de un *primus inter pares*, es un monarca, no un dictador. Consciente de su deriva autocrática, la considera un mal menor (“notwendig und heilsam”), fruto de la necesidad histórica para salvar la crisis de la República y crear una nueva forma constitucional.⁵⁵ César sería otro prototipo de los “welthistorische Individue” que sirven al proceso histórico al reconocer, asumir y llevar adelante las necesidades de cada época, como lo había sido antes Alejandro.⁵⁶

Desde un punto de vista histórico general y dado que toda historia parte, no de la unidad, sino de la desunión, la gloria de Roma estriba precisamente en desarrollar antes y más eficazmente el sentimiento de unidad y el proceso centralizador. En ese sentido, el episodio histórico fundamental de Roma no es tanto la expansión mediterránea, cuanto la unificación de Italia y, finalmente, la consecución del programa nacional alrededor de César.⁵⁷ En un discurso pronunciado décadas más tarde, Mommsen sistematizará las ideas que encontramos en su *Historia de Roma*.⁵⁸ La necesidad es un factor central en la configuración unidad nacional⁵⁹, mientras la lucha y los peligros son los factores catalizadores de la nacionalidad.⁶⁰ En Grecia lo fue el ataque de los persas, aunque

2, 1951, 256-270; A. HEUSS, «Theodor Mommsen über sich selbst. Zur Testamentklausel von 1899», *A&A*, 6, 1957, pp. 105 ss. (incluye el texto del testamento); C. NICOLET, «Introduction», pp. xxxvi ss.; G.G. IGGERS, *German Conception of History*, pp. 122 s.; S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, pp. 187 ss. Heuss (*l.c.*) reclama el texto como realmente el único documento donde Mommsen ofrece un testimonio sobre sí mismo. Destaca su valor como expresión de los sentimientos colectivos de los liberales de izquierda ante la situación política de la época, quizá incluso ante sus propios errores por su alejamiento de demócratas y socialdemócratas.

⁵³ *RG*, vol. I, p. 22 / vol. I, p. 6.

⁵⁴ “das Werk des dritten und grössten der demokratischen Staatsmänner Roms” (*RG*, vol. V, p. 214 / vol. III, p. 548).

⁵⁵ En la segunda edición del III volumen se distancia de las posiciones contemporáneas sobre el cesarismo, aclarando que su visión positiva de César no implicaba en absoluto la aprobación del cesarismo de Napoleón III (*RG*, vol. V, p. 144 / vol. III, p. 478). No obstante, la ideología y concepción del poder de éste fascinaban a Mommsen (S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 95).

⁵⁶ Alejandro, César y Napoleón serían los modelos de esos individuos, “héroes” para Hegel (*Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*, p. 93; sobre César, p. 537). Con la definitiva unificación de Italia, la concesión de la ciudadanía a la Galia Cisalpina y la conquista de la Galia Transalpina, César aparecería como el fundador remoto de algunas de las grandes naciones europeas, una especie de padre de Europa (A. DEMANDT, *Theodor Mommsen*, p. 28).

⁵⁷ “...der nationale Einigung, mit der jede Volksgeschichte endigt oder doch endigen sollte” (*RG*, vol. I, p. 56 / vol. I, p. 40).

⁵⁸ «Die nationale Einigung ein Werk der nationalen Nothwehr. Rede zum Geburtstag des Kaisers» (1884), *Reden und Aufsätze*, 121-131.

⁵⁹ “...die grosse nationale Entwicklung überall, bei den Griechen und den Römern wie nicht minder bei uns, eine Tochter der Noth ist” (*o.c.*, p. 123). Mommsen considera las guerras entre Prusia y Austria como hijas de la necesidad, al igual que las de Roma con sus vecinos, especialmente en el proceso de unificación de Italia (J.J. CARRERAS, «La ‘Historia de Roma’ de Mommsen», p. xii).

⁶⁰ “...so erwächst auch den Nationen die Ausgestaltung des Volkstums nur aus schwerem Kampf und wohlbestandener Gefahr” (v. n. anterior, *l.c.*).

la unidad nacional griega finalmente fracasara.⁶¹ En Roma será el ataque galo de comienzos del siglo IV el punto de inflexión. Frente al caso griego, el liderazgo romano a partir de la derrota de los galos constituye el punto de partida de la hegemonía romana en Italia. Será el catalizador de la unidad romana, de una comunidad agrícola articulada en torno a un ejército, una lengua y un derecho, un pueblo capaz posteriormente de derrotar a Cartago y controlar el Mediterráneo. Es interesante la valoración mommseniana de la historia griega, al negarle talla política y falta de capacidad política para desarrollar su nacionalidad.⁶² En el excursus sobre el imperialismo defensivo (*infra*), nuestro autor ofrece unos comentarios despectivos sobre la idea de libertad de los griegos y los errores de la República romana al enfrentarse a la cuestión. Mommsen, obligado a reconocer la importancia de la historia y la cultura helénicas sin renunciar a la absoluta centralidad romana, intenta un compromiso al hablar de la presunta existencia de una época previa grecoitalica y referirse al inicio de la obra a los pueblos gemelos griegos e itálicos.⁶³ Precisamente, César reeditaria, con sus propósitos imperiales, esa perspectiva de integración de las provincias imperiales en una rejuvenecida comunidad grecoitalica. En cualquier caso, Roma es la única gran nación antigua, de sobresaliente nivel político-cultural, que transmite su impronta a todas las regiones, incluso a los bárbaros. En ese sentido, el Estado romano es el modelo por excelencia para cualquier investigación histórica o política.

Esta admiración por Roma, esta lectura tan idealizada y patriótica de la historia romana, llevará en no pocas ocasiones a Mommsen a una reconstrucción distorsionada de la realidad histórica. Por ejemplo, respecto a la propia sociedad romana y a su supuesta igualdad interna en época arcaica, dibuja una auténtica sociedad sin clases, alterada tan sólo con la expansión mediterránea y el contacto con el mundo griego.⁶⁴ Mommsen es también, cual Catón redivivo, un nostálgico de las virtudes romanas tradicionales, alteradas presuntamente por la influencia antirromana y revolucionaria del elemento griego, por ejemplo en el teatro y la educación.⁶⁵ En realidad, esta visión deriva de su preocupación ante la presunta disolución de la conciencia nacional estrictamente romana.

Un problema similar se encuentra en el análisis del desarrollo constitucional romano, premisa básica de la hegemonía de Roma. En este caso, los elementos básicos son el *imperium* y la magistratura, como encarnación del poder popular y como eje de una evolución a través de diferentes épocas históricas.⁶⁶ Se trataría de una evolución ininterrumpida desde los tiempos más antiguos

⁶¹ La reflexión de Mommsen viene a dar la razón a la posición espartana tras las victorias sobre los persas, esto es, el mantenerse en los límites de Grecia continental y renunciar a controlar la Grecia minorasiática. La posterior hegemonía ateniense, aunque indiscutible y permanente en lo cultural-espiritual, resulta efímera e inconsistente en lo político, incluso provoca la desunión y posterior crisis ("Sein Reich war geschichtlich von keiner Dauer, man ist versucht zu sagen nicht von dieser Welt" (*o.c.* n. 66, pp. 124 s.). El caso de Alejandro y el helenismo sería similar (brevedad, fracaso de la unidad, logros intelectuales del período).

⁶² La falta de interés de Mommsen por Grecia resulta, a primera vista, excepcional en su tiempo y en la comunidad de historiadores alemanes de la época. TH. WIEDEMANN, «Mommsen, Rome and the German Kaiserreich», p. 38, lo explica por su peculiar formación con su padre, lejos del filohelenismo de la enseñanza del Gymnasium tras las reformas de Humboldt. No obstante, esta opción también es explicable por el ambiente nacionalista de la época, en el que Roma, como comunidad de campesinos libres que busca su unidad nacional, resulta el modelo más adecuado, en clave idealista y regeneracionista (Z. YAVETZ, 1976, "Why Rome? Zeitgeist and Ancient Historians in Early 19th Century Germany", *AJPh*, 97, 1976, 276-296).

⁶³ "Zwillingsvolk" (*RG*, vol. I, p. 19 / vol. I, p. 3).

⁶⁴ Así la presenta Mommsen, en el último capítulo del libro III, sobre "Literatura y Arte", tras la III Guerra Macedónica (*RG*, vol. II, p. 410 / vol. I, p. 884; S. REBENICH, *Theodor Mommsen*, p. 91). El error estriba en una visión unilateral y parcial, político-jurídica, del concepto de ciudadanía en época arcaica.

⁶⁵ "Beide Institutionen aber, die Schüle wie die Bühne, waren durch und durch antirömisch und revolutionär" (*RG*, vol. II, p. 410/ vol. I, p. 884).

⁶⁶ La presentación más acabada de esta reconstrucción se encuentra en su *Römisches Staatsrecht*, 1874-1888, pero es evidente ya en la *Römische Geschichte*. K.J. HÖLKESKAMP, «Zwischen System und Geschichte», p. 102, destaca la magistratura como elemento central en la reconstrucción mommseniana, anterior a los otros: "die Verkörperung des Staatsbegriffs und die Trägerin der Staatsgewalt".

hasta Diocleciano. En ese proceso, el principado de Augusto no sería sino una magistratura reforzada y adaptada a las nuevas circunstancias. Sin embargo, la hipótesis de esa continuidad esencial a lo largo de los siglos y el carácter supuestamente nacional de todo el proceso contradice una realidad histórica menos lineal y más abierta a cambios e influencias externas (por ejemplo del mundo griego y helenístico), de lo que pudiera aceptar Mommsen.⁶⁷

Pero, posiblemente, el tema en el que la interpretación mommseniana se ve más lastrado por el peso de sus concepciones políticas y la situación contemporánea sea el de su análisis de la expansión romana. La ya comentada admiración por Roma, por una parte, y su esperanza en una Alemania pacificada y unificada en torno a Prusia, por otra, alimentan una historia de la conquista romana de Italia e, incluso, de la expansión mediterránea posterior, claramente distorsionadas en clave de unificación nacional. En su particular *interpretatio* son aspectos centrales las naciones y la construcción-unificación nacional, como elementos clave del desarrollo histórico y del progreso, la noción de pueblos superiores e inferiores y la aceptación de la guerra como mecanismo de relación entre los pueblos. Aunque ésta se plantea como último recurso, resulta inevitable ante los factores que se oponen al progreso y/o a dichas unificaciones nacionales.⁶⁸ En función de esa teleología histórica, el fin justifica los medios y, así, se justificará la actuación de César en la guerra de las Galias o el precio pagado por la culminación de la unificación nacional romana con Sila.⁶⁹ Si bien es cierto que Mommsen rechaza un Estado mundial y parece inclinarse más bien hacia una comunidad de Estados nacionales (“heilige Allianz der Völker”), de alguna manera la culminación de la unificación nacional se interpreta como un auténtico “fin de la historia”.⁷⁰ En consecuencia, si Mommsen ve la etapa imperial romana como positiva desde el punto de vista civilizatorio, pero impracticable políticamente⁷¹, la justificación de la expansión y el imperialismo en época republicana es plena.

Para dicha justificación, el ilustre historiador recurre a una argumentación vidriosa y discutible. Mommsen distingue conquista de unificación. La primera se trataría de la combinación forzada de elementos que no son orgánicamente comunes, mientras la segunda se daría cuando

⁶⁷ Los estudiosos modernos (Nicolet, Thomas, Hölkeskamp, Nippel, etc.) subrayan esta contradicción en el edificio constitucional mommseniano.

⁶⁸ Mommsen subraya que el mundo antiguo es ajeno a la noción de coexistencia pacífica (*RG*, vol. II, p. 189/ vol. I, p. 664). En todo caso, como ya se ha visto, las ideas citadas no son atribuibles en exclusiva a Mommsen, sino, cuando menos, a toda la historiografía germana de la época.

⁶⁹ Sobre Sila: “der wahre und letzte Urheber der vollen staatlichen Einheit Italiens geworden - ein Gewinn, der mit endloser Not und Strömen von Blut dennoch nicht zu teuer erkauft“ (*RG*, vol. III, p. 386/ vol. II, p. 373). Respecto a la acción de César en las Galias, recientemente se ha destacado el carácter claramente imperialista de la guerra, al servicio del programa político de César (G. CLEMENTE, «La guerra gallica», en A. MOMIGLIANO - A. SCHIAVONE [eds.], *Storia di Roma. 2. L'impero mediterraneo. I. La repubblica imperiale*, Torino, 1990, 789-793).

⁷⁰ En la conferencia ya citada de 1871 («Die germanische Politik des Augustus», *Reden und Aufsätze*, 316-342), Mommsen define la construcción de un Estado nacional como “die Vollendung des menschlichen Daseins”, la realización de la existencia humana (p. 316). La tesis del “fin de la historia”, de matriz hegeliana, ha sido polémicamente reivindicada por F. FUKUYAMA, en clave de apología de la democracia liberal capitalista, provocando una enorme polémica política e intelectual (*The National Interest*, verano de 1989: trad. español. en *Claves de Razón Práctica* 1, abril de 1990, 85-96). De entre la inmensa bibliografía crítica, J. FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, 1992; CH. HILL ET AL., *A propósito del fin de la historia*, Valencia, 1994 (se trata de un dossier de la revista *History Today*, 1992).

⁷¹ “Das eben ist das Grossartige dieser Jahrhunderte, dass das einmal angelegte Werk, die Durchführung der lateinisch-griechischen Zivilisierung in der Form der Ausbildung der städtischen Gemeindeverfassung, die allmähliche Einziehung der barbarischen oder doch fremdartigen Elemente in diesen Kreis, eine Arbeit, welche ihrem Wesen nach Jahrhunderte stetiger Tätigkeit und ruhiger Selbstentwicklung erforderte, diese lange Frist und diesen Frieden zu Lande und zur See gefunden hat” (*RG*, vol. VI, p. 14/ vol. V, p. 4). Mommsen reconoce que el Imperio consigue la fusión del Estado romano con la civilización helénica, el desarrollo de las estructuras urbanas y una convivencia pacífica de distintos pueblos desconocida hasta entonces. Según A. DEMANDT (*Theodor Mommsen*, p. 37), incurre en cierta contradicción con su teoría sobre la decadencia de los pueblos al traspasar sus fronteras naturales. A. MOMIGLIANO ya destacó en su día esta valoración positiva del Imperio por parte de Mommsen («La formazione della moderna storiografia sull'imperio romano», en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1955, 107-164, esp. pp. 154 ss.).

esos elementos fueran comunes, sin distinguir entonces entre unificación pacífica o violenta. En el caso de la Península itálica, se daba una unidad geográfica, cultural y étnica romano-itálica, mientras otros elementos presentes, como griegos y etruscos, eran extraños y sin demasiada importancia para la historia romana.⁷² En consecuencia, el proceso de expansión romana constituiría una unificación, en última instancia una restauración de la unidad perdida y la superación de una realidad fragmentada.⁷³ La conquista de Italia por Roma no es, por tanto, un fenómeno de expansión imperialista, cuanto una misión histórica. Además, cuando el proceso de unificación-construcción nacional ha comenzado no puede haber retrocesos, todos los obstáculos han de ser superados y toda perspectiva se subordina a la creación del Estado nacional.⁷⁴ Mommsen puede apreciar una conquista militar de Italia y la asimilación político-cultural de los pueblos itálicos por Roma e, incluso, puede reconocer los costes de dicha unificación. Pero estas premisas, básicas para el surgimiento de un sentimiento nacional, que más tarde ni el propio Aníbal logra superar, son fruto de la necesidad histórica. Ciertamente, cuando se supera la fase de expansión nacional legítima y necesaria, esto es, cuando la unificación nacional ha culminado dentro de sus fronteras naturales, la expansión puede convertirse en el germen de la propia destrucción. Surge entonces una fase tardía híbrida, ruinosa y propiamente imperialista. Más allá de las fronteras naturales, la expansión deviene artificial, resulta contraproducente y puede conducir al suicidio. En el caso de Roma, Mommsen introduce unas consideraciones político-morales, que implican una Némesis para cada exceso histórico.⁷⁵ Por otra parte, se plantea un modelo clásico de decadencia, que relaciona el aumento de la riqueza con la decadencia moral y la debilidad.⁷⁶ Hasta cierto punto, hay una aporía histórica en el planteamiento de Mommsen, un problema irresoluble en sus propios términos. De manera implícita, se reflejan las contradicciones del proceso de unificación alemana que ni el propio Bismarck logró resolver.

Es evidente que estas concepciones de Mommsen son totalmente ahistóricas y responden a prejuicios político-ideológicos. La existencia de una nacionalidad itálica es una falsedad y la diversidad étnica, lingüística y cultural de Italia es irrefutable. Como ha afirmado recientemente Demandt, comentando la perspectiva mommseniana, en la propia Roma el imperio nunca se remite como origen a un *populus italicus*. Cuando aparece el término Italia en un programa político, es precisamente de la mano de los entonces enemigos de Roma, en la Guerra Social.⁷⁷

En cuanto a las supuestas dos fases en la expansión de la nación romana, también se parte de una distinción falsa, pues, como se ha demostrado en la investigación más reciente, dicha expansión responde a planteamientos imperialistas desde un primer momento. El análisis de un caso concreto, como puede ser el de la guerra ilírica, muestra con claridad los presupuestos historiográficos de Mommsen quien, de manera significativa, discute la cuestión en el capítulo sobre las fronteras naturales de Italia.⁷⁸ El problema de fondo es la seguridad de la dominación

⁷² Sobre los etruscos, *RG*, vol. I, pp. 130 ss., 250 ss./ vol. I, pp. 116 ss., 237 ss.

⁷³ J. LINDERSKI subraya las coincidencias de Mommsen con G. de Sanctis en su valoración de la conquista de Italia por Roma. Ninguno de ellos reconoce la conquista o el imperialismo («Si vis pacem, para bellum», p. 135).

⁷⁴ La impotencia y la inutilidad última de la resistencia frente al avance romano es evidente en todo el libro segundo; por ejemplo respecto a los samnitas, véase *RG*, vol. I, p. 394/ vol. II, p. 380.

⁷⁵ “*Der Nike folgt ihre Nemesis*” (*RG* Bd.1, p.472/ I, 457), a propósito de las consecuencias de la conquista de Oriente por los romanos (A. DEMANDT, *Theodor Mommsen*, pp. 69 ss.).

⁷⁶ Las repercusiones internas políticas, económicas y sociales de las conquistas extraitálicas (*RG*, vol. III, pp. 391 ss./ vol. II, pp. 378 ss.) que precipitan la crisis tardorrepública traen ecos de los caps. IX y X de las *Considérations sur les causes de la grandeur et la decadence des Romains*, de Montesquieu (“Deux causes de la perte de Rome”, “De la corruption des Romains”).

⁷⁷ A. DEMANDT, *Theodor Mommsen*, p. 71.

⁷⁸ “Die Ausdehnung Italiens bis auf seine natürlichen Grenzen” (*RG*, vol. II, p. 64 ss./ vol. I, pp. 540 ss.).

romana en Italia.⁷⁹ Pero frente a la versión de las fuentes antiguas, en particular de Polibio, ya en un momento temprano mostró Badian la falta de auténtica voluntad negociadora de Roma y la consideración de la guerra como una clara opción.⁸⁰

Imperialismo defensivo y guerra justa en la Historia de Roma de Theodor Mommsen

El gran historiador alemán es, para muchos el creador del concepto de “imperialismo defensivo” aplicado a Roma.⁸¹ El texto fundamental que apoya esta afirmación está recogido en la *Römische Geschichte*, en una recapitulación sobre la historia romana desde la unificación de Italia a la destrucción de Macedonia.⁸²

En ese balance, el dominio mundial romano aparece como un resultado contrario a la voluntad romana. Los testimonios críticos, por ejemplo los recogidos en las *Historias* de Salustio⁸³, que atribuyen a Roma un ansia insaciable de tierras, son falsos y responden a juicios históricos tendenciosos y partidistas. En todo ese tiempo el único horizonte romano habría sido el dominio de Italia, para evitar tener vecinos demasiado poderosos y, opinión juiciosa para Mommsen, proteger así el núcleo del imperio: de ahí la integración de Africa, Grecia, finalmente Asia en el círculo de las clientelas. Los romanos nunca habrían postulado una política de conquista y siempre fueron los agredidos. Esto es algo más que un recurso retórico (“Redensart”): a excepción de la de Sicilia en la I Guerra Púnica, en todas las grandes guerras contra Aníbal, Antíoco, Filipo o Perseo, siempre fueron los atacados. Ciertamente no siempre se comportaron con mesura y, de hecho, tomaron decisiones incorrectas desde el punto de vista de los intereses de Italia (“schwere Fehler waren gegen die italische Politik”), con la sujeción de Hispania, el protectorado sobre Africa o, sobre todo, el plan medio fantástico (“halb phantastische Plan”) de llevar la libertad a los griegos.⁸⁴ El motivo habría sido el *metus punicus* y, más grave, la quimera de la libertad helénica (“noch viel blindere hellenische Freiheitswindel”). Durante todo ese tiempo, los romanos participaban más del miedo a la conquista (“Eroberungsfurcht”) que del deseo de conquista (“Eroberungslust”). Roma era una nación dirigida por un senado, integrado por hombres honestos, pero limitados, preocupados sobre todo por la preservación de su propia comunidad. El dominio romano se ajustaba en última instancia al desarrollo estatal de la Antigüedad, cuando no se conocía el equilibrio del poder entre las naciones y cuando cada nación, lograda su unificación interior, tendía a dominar a sus vecinos (Estados helénicos) o a hacerlos inofensivos (Roma). En eso coincidían Seleuco, Antígono, Aníbal o Escipión. No dejaba de ser un espectáculo penoso que todas las naciones antiguas más ricas y desarrolladas fueran postergadas y olvidadas para mayor gloria de Roma, pero, en justicia histórica, así lo exigía el desarrollo necesario de las relaciones entre los pueblos de la Antigüedad. No se tra-

⁷⁹ J. LINDERSKI traza de forma sugerente los paralelismos con otras situaciones contemporáneas, como el conflicto Cuba-España y la intervención de los EE.UU., comparando los discursos del presidente McKinley con la argumentación romana («Si vis pacem, para bellum», pp. 146 s.).

⁸⁰ E. BADIAN, «Notes on Roman Policy in Illyria», *PBSR*, 1952, ahora en IDEM, *Studies in Greek and Roman History*, Oxford, 1968, 1-33. Sobre la guerra ilírica, una síntesis reciente en E. GABBA, «La prima guerra punica e l'espansione mediterranea», en A. MOMIGLIANO - A. SCHIAVONE (eds.), *Storia di Roma, II.1 L'impero mediterraneo. La repubblica imperiale*, Torino, 55-67.

⁸¹ J. LINDERSKI, «Si vis pacem, para bellum», p. 132; P.W.M. FREEMAN, «Mommsen to Haverfield: the origins of studies of Romanization in late 19th c. Britain», en D.J. MATTINGLY (ed.), *Dialogues in Roman Imperialism. Power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*, JRA Suppl. Series 23, 1997, 27-50.

⁸² *RG*, vol., pp. 307 s./ vol. I, pp. 781-782 (versión esp. Turner 1983, vol. IV, pp. 47-50). Abarca aproximadamente un siglo de historia romana, desde el primer tercio del siglo III a.C. hasta la derrota de Perseo en Pidna (168 a.C.).

⁸³ Entre otros, la famosa carta de Mitridates al rey de Armenia Arsaces, pidiendo su colaboración contra Roma (Salustio, *Historias*, IV, 69 M).

⁸⁴ Presunta alusión a la política romana tras la victoria contra Filipo V en la II Guerra Macedónica y a la proclamación de la libertad en el mundo griego por T. Quinctio Flaminio (Polibio, XVIII, 46).

taba de un problema de mera superioridad militar, tampoco del azar, sino del cumplimiento de un destino inevitable y, por tanto, soportable. Hasta aquí, a grandes rasgos, las ideas de Mommsen.

Es evidente que no hay en Mommsen ninguna reflexión teórica sobre el imperialismo.⁸⁵ Tan sólo se plantea un modelo histórico en el que la expansión romana aparece como un fenómeno natural. Los romanos, empujados por las circunstancias y por su pretensión de defender Italia de posibles amenazas, se ven obligados a responder a agresiones exteriores y a tomar determinadas iniciativas que suponen la ampliación del territorio bajo su control. Como no hay anexiones discriminadas, nos dice Mommsen, no hay voluntad de expansión ni actitud hegemónica. Pero tampoco acepta aplicar a los vecinos de Roma una actitud similar a la de los romanos. Su superioridad político-moral y su derecho supremo a dominar Italia se superponen a cualquier otra consideración. De esta manera, apunta Linderski, las guerras emprendidas por Roma, si no son justas, al menos sí están justificadas. La noción de *status quo* que se presupone es, en realidad, la de los propios romanos. Éstos pueden actuar en ciertas ocasiones con excesos (en Hispania, en Africa, en Grecia), pero son errores inevitables dado su desconocimiento de la noción de equilibrio de poder. Si con la expansión extraterritorial Roma se pone en peligro a sí misma al sobrepasar sus fronteras naturales, la responsabilidad de la crisis se traslada en todo caso a sus vecinos quienes, con su actitud amenazadora, han obligado a Roma a intervenir y, así, a poner las bases de su propia crisis.⁸⁶ Frente a una presunta concepción mecánica de la historia por parte de Polibio⁸⁷, Mommsen reivindica la superioridad política y ética de Roma y explica así su inevitable preeminencia. En ese sentido, quienes se oponen y combaten contra Roma (Aníbal, Amílcar, Vercingetorix, Viriato, etc.) son descritos con trazo vigoroso, son héroes y fieros combatientes, pero en un plano subjetivo, individual. En el fondo se oponen al progreso, al destino, a la línea inexorable de la historia.⁸⁸ Mommsen ni siquiera tiene en cuenta el debate sobre la legitimidad del imperialismo romano en la propia Antigüedad, como el planteado por el filósofo Carnéades.

Mommsen formula una presunta ley histórica que aplica a Roma, pero también a la situación contemporánea, por la que una nación políticamente desarrollada absorbe a sus vecinos políticamente inmaduros, como la civilizada lo hace con los espiritualmente inferiores.⁸⁹ En su obra, plantea esta ley al inicio de los capítulos sobre la conquista y romanización de Occidente. De nuevo aparece aquí su infravaloración del mundo griego, cuando compara la obra civilizadora de Roma con la “inútil magnificencia de los templos griegos”.⁹⁰ El discurso de Mommsen

⁸⁵ El volumen V sobre las provincias del Imperio (1885) tampoco ofrecería ningún análisis sobre el imperialismo ni sobre el proceso de romanización. Se trata de un estudio descriptivo del mismo, con la renovación metodológica que supone el uso de distintas fuentes y la reconstrucción de una historia imperial distinta de la transmitida por las fuentes literarias (P.W.M. FREEMAN, «Mommsen to Haverfield», pp. 31 ss.).

⁸⁶ Mommsen insistirá repetidamente en el peligro de sobrepasar las fronteras naturales de una nación (por ejemplo, en la ya comentada conferencia de 1871, *Reden und Aufsätze*, pp. 316 ss.). Antes, en 1858, en una reseña de la *Histoire du Consulat et de l'Empire* de A. Thiers, publicada en los *Preussische Jahrbücher*, había apuntado incluso la responsabilidad del propio Napoleón en la crisis del imperio francés por esa misma razón (cit. por J. LINDERSKI, «Si vis pacem, para bellum», p. 136).

⁸⁷ Mommsen crítica directamente la supuesta concepción mecánica de la historia de Polibio: “Die Geschichte, der Kampf der Notwendigkeit und der Freiheit, ist ein sittliches Problem; Polybios behandelt sie, als wäre sie ein mechanisches” (*RG*, vol. III, p. 465 / vol. II, pp. 451 ss.) ¿Es la falta de patriotismo y entusiasmo nacional de Polibio lo que irrita en particular a Mommsen?

⁸⁸ En relación con esta concepción de la historia, dominante en el horizonte intelectual del siglo XIX, dice J. LINDERSKI: “Mommsen and Marx drank from the same murky Hegelian source” («Si vis pacem, para bellum», p. 139).

⁸⁹ “Kraft des Gesetzes, dass das zum Staat entwickelte Volk die politisch unmündigen, das zivilisierte die geistig unmündigen Nachbarn in sich auflöst -Kraft dieses Gesetzes, das so allgemeingültig und so sehr Naturgesetz ist wie das Gesetz der Schwere, war die italische Nation, die einzige des Altertums, welche die höhere politische Entwicklung und die höhere Zivilisation...” (*RG*, vol. IV, p. 214 / vol. III, p. 220).

⁹⁰ “die zwecklose Herrlichkeit der hellenischen Tempel” (*RG*, vol. I, p. 464 / vol. I, p. 449). Comenta este extremo A. DEMANDT, *Theodor Mommsen*, p. 60).

es claramente colonialista, en términos típicos del siglo XIX, y por ello acierta Linderski cuando rechaza el pretendido antiimperialismo de Mommsen, aducido por Wucher. De hecho, años más tarde Mommsen mostrará esta misma actitud de hegemonismo político-cultural respecto a las reivindicaciones políticas y lingüísticas de la minoría checa en el mundo germánico.⁹¹ Frente a la admiración por las grandes naciones como Francia o Inglaterra⁹², no hay lugar para los checos, como no lo había en la Antigüedad para celtas o samnitas. Si bien es cierto que Mommsen se distancia claramente del imperialismo agresivo dominante en la nueva Alemania unificada, nuestro autor comparte un horizonte político-historiográfico (colonialismo civilizatorio, guerras preventivas, pueblos superiores e inferiores, etc.) discutible en grado sumo.

Tras este sucinto comentario de las posiciones de Theodor Mommsen cabe reseñar brevemente las tesis más recientes sobre el imperialismo romano y la guerra justa, para situar los términos actuales del debate e integrar en ese contexto las reflexiones finales de este trabajo.

El punto de inflexión historiográfico en los estudios sobre el imperialismo romano viene dado por la obra de W.V. Harris, publicada en 1979.⁹³ En relación con nuestro tema, es interesante destacar que Harris remite el inicio de una voluntad imperialista en Roma no ya sólo a la época de expansión mediterránea, sino a la fase final de la conquista de Italia, con lo cual la conexión con Mommsen y la centralidad del período de la conquista-unificación de Italia es directa. El tema del temprano imperialismo romano lo ha estudiado muy recientemente Raaflaub en un trabajo de expresivo título ("Born to be Wolves?"), precisamente en un homenaje a Ernst Badian, otro gran estudioso del imperialismo.⁹⁴

La experiencia romana al respecto es realmente singular, pues comprende un proceso de expansión desde el siglo IV, en realidad desde el siglo VI, sin parangón con otras ciudades-Estado mediterráneas. Si a mediados del siglo IV Roma era una ciudad-Estado envuelta en luchas con sus vecinos, 70 años más tarde controlaba toda Italia. Las fuentes antiguas, claramente prorromanas, caracterizan este proceso como una reacción defensiva de Roma frente a sucesivos enemigos. Por ejemplo, el enfrentamiento con los samnitas es presentado por los analistas en términos de guerra justa (*bellum iustum*). Sin negar que defender su seguridad pudiera ser una pretensión romana central, hoy se cuestiona ese supuesto "imperialismo defensivo", defendido por Mommsen y otros. Como se ha dicho, Harris ha replanteado los términos del debate, destacando tanto la voluntad consciente del proceso de expansión, ya señalada por Polibio (1.6.3-6), cuanto la importancia de los móviles económicos en la conquista o la ideología militarista de la aristocracia romana. De hecho, es la regularidad y cotidianeidad del fenómeno bélico en una sociedad como la romana, a lo largo de varios siglos, lo que lleva a Harris a hablar del carácter patológico del fenómeno⁹⁵.

Los términos de la conquista y las modalidades de disfrute de la victoria avalan, por tanto, la legitimidad de plantear el proceso de expansión romana en Italia en términos de imperialismo. A

⁹¹ "An die Deutschen in Österreich", publicado en octubre de 1897 en el diario vienés *Neue Freie Presse*, con comentarios sobre la barbarie e incultura de los checos (J. LINDERSKI, «Si vis pacem, para bellum», p.135).

⁹² Aunque esa admiración no evita que, inmediatamente después de Sedan, reivindique la superioridad alemana sobre sus vecinos, no ya en el terreno militar, sino también en el científico-cultural (*Reden u. Aufsätze*, p. 7).

⁹³ W.V. HARRIS, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 B.C.*, Oxford University Press, 1979 (trad. esp., *Guerra e imperialismo en la República romana 327-70 a. C.*, Madrid, Siglo XXI, 1989); véase IDEM (ed.), *Imperialism in Mid-Republican Rome*, Rome, MAAR, 1984. La obra mereció gran número de reseñas y provocó un enorme debate. Particularmente dura fue la crítica de A.N. SHERWIN-WHITE, «Rome the Aggressor?», *JRS*, 70, 1980, 177-181); cf. J. NORTH, 1981, «The development of Roman Imperialism», *JRS*, 71, 1981, 2-9.

⁹⁴ K.A. RAAFLAUB, «Born to be Wolves? Origins of Roman Imperialism», en R. Wallace (ed.), *Transitions to Empire. Essays in Graeco-Roman History in Honour to E. Badian*, Oklahoma Univ. Press, 1996, 273-314.

⁹⁵ W.V. HARRIS, *War and Imperialism*, p. 52.

partir de esta premisa, los estudios más recientes subrayan el interés de conocer la “protohistoria” del imperialismo romano. Sólo así se podrá entender la transformación de una ciudad-Estado hegemónica en otra imperialista a partir de mediados del siglo IV, cuando la política exterior, la guerra y el uso de los recursos aliados comienzan a utilizarse por parte de Roma de forma autocrática⁹⁶.

Schiavone ha apuntado que el militarismo de la sociedad romana puede remitirse a los primeros tiempos de la ciudad, en un contexto de gran inestabilidad e inseguridad, expuesta a continuos y bruscos cambios y a una permanente tensión entre pequeños grupos. La capacidad bélica era una preocupación central y permanente que, a través de distintas circunstancias históricas, se convirtió en elemento básico de la ideología romana. Una presión externa intensa y continua durante 150 años, que en algunos momentos amenazaba la propia continuidad de la ciudad, modeló un determinado tipo de código de valores, pautas de comportamiento social e incluso estructuras políticas. Hay que sumar a todo ello las expectativas económicas derivadas de las guerras expansionistas, tanto en tierra y botín como, en general, en el aumento de la riqueza en Roma. De hecho, los romanos y otros pueblos antiguos eran conscientes de la rentabilidad material de la guerra.⁹⁷ Ello no quiere decir que las decisiones colectivas, en el senado o en las asambleas, se tomaran por razones fundamentalmente económicas. Pero cabe pensar que éstas influían en la opción individual de los implicados. De hecho, la interconexión entre problemas internos y externos en Roma es evidente y la resolución de los conflictos patricio-plebeyos, así como la neutralización de los problemas sociales en general no se explican sin los recursos, en primer lugar la tierra, obtenidos en las sucesivas guerras. Visto todo este conjunto de factores, se entienden mejor la cohesión social de la sociedad romana, su disciplina y solidaridad internas o la aceptación del liderazgo de la *nobilitas* aristocrática. El consenso social imperialista, que Gabba aplicaba a la época de la expansión mediterránea, se podría retrotraer posiblemente a la conquista de Italia.⁹⁸

Estrechamente relacionado, en nuestra opinión, con el fenómeno imperialista se encuentra la noción de guerra justa (*iustum bellum*). Aunque las reflexiones más acabadas las encontramos en Cicerón, el origen del concepto se puede retrotraer hasta Fabio Pictor, en el siglo III a.C. Es interesante subrayar que en este autor hallamos tanto las primeras reflexiones sobre la “guerra justa”, en relación con el inicio de las Guerras Púnicas, cuanto sobre la mentalidad imperialista en Roma y la asociación de conquista y riqueza, en relación con el control de la Sabina.⁹⁹ En el caso romano, la mentalidad militarista modela el concepto de paz, que aparece directamente ligada a la noción de *imperium* y a los mecanismos de relación entre comunidades, que los romanos en ningún momento conciben en términos de igualdad, sino de superioridad. De ahí esa caracterización de la paz que ha modelado toda la cultura occidental sobre el tema y que se resume perfectamente en

⁹⁶ K.A. RAAFLAUB, «Born to be Wolves?», p.288.

⁹⁷ A. SCHIAVONE, «La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana», en A. SCHIAVONE (ed.), *Storia di Roma. IV. Caratteri e morfologie*, Torino, 1989, pp. 36 ss.

⁹⁸ E. GABBA, «Il consenso popolare alla politica espansionistica romana», en IDEM, *Aspetti culturali dell'imperialismo romano*, Firenze, 1993, 133-152. La revisión crítica del imperialismo romano y del proceso de romanización ha dado un nuevo paso adelante con la aplicación a los textos greco-romanos y a la propia historiografía moderna de las reflexiones antropológicas y etnográficas de época postcolonial. Un ejemplo de esta novísima perspectiva, que afecta a todas las cuestiones comentadas en el texto, en J. WEBSTER, 1994, «Just War: Graeco-Roman texts as colonial discourse», in S.COTTAM ET AL. (eds.), *TRAC 94. Proceedings of the Fourth Annual Theoretical Archeology Conference*, Durham 94, Oxford, 1994, 1-10, y en el ya citado D.J. MATTINGLY (ed.), *Dialogues in Roman Imperialism. Power, discourse, and discrepant experience in the Roman Empire*, JRA Suppl. Series 23.

⁹⁹ Sobre Fabio Pictor, H. BECK - U. WALTER, *Die Frühen Römischen Historiker. I. Von Fabius Pictor bis Cn. Gellius*, Darmstadt, 2001, pp. 55 ss.; p.124 (frag. 26, en Str., 5.3.1, sobre la asociación conquista-riqueza); pp. 131 ss (frag. 31, en Pol., 3.8.1-8, sobre el inicio de la II Guerra Punica); etc.

la conocida sentencia “*si vis pacem, para bellum*”.¹⁰⁰ En el *de officiis* y también en el *de re publica*, el Arpinate habla de los conflictos bélicos, de sus causas, de la observancia de los procedimientos tradicionales para su declaración y, en general, estas reflexiones se han tomado por el análisis romano más acabado, ciertamente breve, sobre las implicaciones político-morales de la guerra.¹⁰¹ Sin embargo, recientemente se ha cuestionado de forma radical la interpretación dominante sobre el *bellum iustum*, a partir de los textos ciceronianos.¹⁰² Tras una relectura de las referencias, L. Loreto rechaza dicha interpretación y afirma que Cicerón simplemente comenta la tradición, primero sacral, luego laica, sobre el tema, sistematiza la cuestión y, finalmente, plantea la “guerra justa” como aquella emprendida conforme a las normas formales sobre el *ius gentium* y el dispositivo jurídico interno romano sobre las relaciones internacionales.¹⁰³ Es decir, se sitúa en un plano jurídico-formal y en ningún momento teoriza sobre la dimensión moral de las guerras. El equívoco provendría de la interpretación posterior que Agustín de Hipona, en un contexto político, ideológico y jurídico totalmente distinto, hace de la reflexión ciceroniana. Con independencia de la mayor o menor justeza de sus tesis, Loreto subraya un aspecto fundamental de la *interpretatio* moderna que, como veremos, la actualidad internacional ha puesto en primer plano. Loreto recuerda que, a partir de Agustín, en su lectura de Cicerón, no hay límites a la violencia en la guerra justa, dado que el enemigo es el mal y contra el mal no hay matices.¹⁰⁴ Dado que presuntamente existe una responsabilidad colectiva del enemigo, no se distingue entre civiles y militares y asistimos así, en términos de Loreto, a “una fondazione morale della guerra total *avant la lettre*”.¹⁰⁵

De Theodor Mommsen a Michael Walzer: ¿Hay guerra justa?

La brutalidad de los acontecimientos en Irak (y en otras partes del mundo) invita, en estos primeros meses de 2004, a repensar la noción de guerra preventiva y justa. Su reivindicación por Mommsen tanto en el caso romano en la Antigüedad cuanto en el alemán cobra así una renovada actualidad, como referencia historiográfica y política para analizar su validez hoy día. El concepto se ha enriquecido progresivamente, en un recorrido político e intelectual que parte de Aristóteles y Cicerón, pasa por Agustín de Hipona y cuenta con nombres ilustres como Francisco de Vitoria, Hugo Grocio y Francisco Suárez. Nociones como la guerra incruenta, acuñado por Ambrosio, la universalidad del *ius gentium* o la distinción entre *ius ad bellum*, *ius in bello* y *ius post bellum* ilustran este itinerario. Uno de los últimos hitos lo constituye la reflexión de Michael Walzer, sintetizada en una de sus obras, *Just and Unjust Wars*, recientemente traducida.¹⁰⁶

¹⁰⁰ “*Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum*”, Flavio Vegecio, *Epitoma rei militaris*, III. El libro III de esta obra, presumiblemente de fines del siglo IV, está dedicado a la táctica y la estrategia militares. Cf. Cicerón, *Phil.*, 7.6.19: *si pace frui volumus, bellum gerendum est; si bellum omittimus, pace nunquam fruemur*.

¹⁰¹ Es importante el reciente volumen coordinado por M. SORDI, *Guerra e diritto nel mondo greco e romano*, Milano, Pubblicazioni dell'Università Cattolica, 2002. Ofrecen particular interés para la interpretación general del tema M. SORDI, «*Bellum iustum ac pium*», I. RAMELLI, «Il concetto di *iure caesum* e la sua corrispondenza con quello di *bellum iustum*» y, desde el punto de vista de la recepción, V. ILARI, «*Imitatio, restitutio, utopia*: La storia militare antica nel pensiero strategico moderno».

¹⁰² Cic., *de off.*, 1.11.35-37; 12.38; *de re publica*, 2.17.31.

¹⁰³ L. LORETO, *Il bellum iustum e i suoi equivoci. Cicerone ed una componente della rappresentazione romana del Völkerrecht antico*, Napoli, 2001. Según Loreto (p. 16), para referirse a la dimensión ética de la guerra, Cicerón parece usar el término *honesta causa*, pero no parece haber correlación entre esta expresión y *bellum iustum* (vid. Cic., *de off.*, 2.8.27).

¹⁰⁴ Un texto básico es Agustín, *quest. in Heptateuchum*, 6.10 (PL XXXIV, p.780s.; BAC XXVII). Sobre la idea de guerra en Agustín y la ambigüedad de su pensamiento: F.H. RUSSELL, «Guerra», en A.D. FITZGERALD (ed.), *Diccionario de S. Agustín*, Burgos, 2001, 625-627.

¹⁰⁵ L. LORETO, *Il bellum iustum e i suoi equivoci*, p. 105.

¹⁰⁶ M. WALZER, *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, con una Introducción de R. Grasa., Barcelona, 2001 (1977, *Just and Unjust Wars*). Walzer es Profesor de Ciencias Sociales en el Institute for Advanced Studies en Princeton y autor de una vasta obra sobre teoría política y moral. Es co-editor de la revista *Dissent*.

Se trata de un clásico de la polemología y la teoría política y moral, escrito al calor de la intervención norteamericana en Vietnam y del movimiento antibelicista del que formaba parte el autor. El punto de partida es la voluntad explícita de integrar la teoría de la guerra justa en la teoría moral y política, integrando su teoría de la guerra justa en lo que denomina la moralidad tenue (“thin”), esto es, un código moral mínimo universalmente compartido. El núcleo duro de la teoría, como apunta R. Grasa en su estudio introductorio a la edición española, es que en ocasiones la guerra puede justificarse moralmente.¹⁰⁷ A través de la amplia relación de ejemplos históricos que ilustran cada uno de sus apartados, Walzer analiza el *ius ad bellum* según sus reglas tradicionales: causa justa, correcta intención, declaración pública de la guerra por una autoridad legítima, ser el último recurso, probabilidades de éxito y proporcionalidad.¹⁰⁸ Sobre estas premisas, el autor considera justa la intervención aliada en la II Guerra Mundial e injusta la intervención estadounidense en Vietnam. En su polémica con las teorías de la no-violencia y el pacifismo, Walzer dice que para lograr la transformación de la guerra en paz, hay que insistir en las reglas de la guerra y en su cumplimiento: *La limitación de la guerra es el comienzo de la paz*.¹⁰⁹

La reflexión teórica de Walzer cobra nuevo sentido ante la aparición, en febrero de 2002, pocos meses después del 11 S, de un manifiesto firmado por una serie de intelectuales estadounidenses, que viene a justificar la posible respuesta del Gobierno de Bush al ataque terrorista contra las Torres Gemelas y el Pentágono.¹¹⁰ En su línea argumentativa se advierte una clara conexión con los planteamientos de Walzer en torno a la guerra justa y los ataques preventivos.¹¹¹ El documento tiene particular interés a la vista de los acontecimientos que se han sucedido desde septiembre de 2001 y la estrategia política y militar impulsada por el Gobierno Bush y sus corifeos, así como las justificaciones aducidas. Para realizar una crítica de sus tesis en el contexto más general de esta reflexión sobre “la guerra justa” nos remitimos a uno de los últimos libros de Rafael Sánchez Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, donde en uno de sus capítulos somete a una crítica exhaustiva la que llama, remitiéndose a Adorno, “Indigna pieza”.¹¹²

¹⁰⁷ R. GRASA, «La actualidad de una reflexión clásica sobre guerra y justicia», en M. WALZER, *o.c.*, p. iv.

¹⁰⁸ En la amplia relación de ejemplos históricos que ilustran cada uno de los apartados, dos se remiten a la Antigüedad clásica. En la primera parte sobre “La realidad moral de la guerra”, para ilustrar y cuestionar el argumento realista Walzer se apoya en el “diálogo de los melios” de Tucídides (*o.c.*, pp. 30 ss.); más adelante, en la tercera parte, sobre “La convención bélica”, cap. 10 “La guerra contra los civiles: asedios y bloqueos”, recoge del relato de Flavio Josefo el sitio de Jerusalén en 72 d.C.

¹⁰⁹ En el “Post-scriptum: La no-violencia y la teoría de la guerra” (pp. 433 ss.), Walzer polemiza con las teorías pacifistas y no-violentas, pero limitadas al caso de la ocupación extranjera de un país y la resistencia no-violenta.

¹¹⁰ VV.AA., «Lettre d’Amérique: les raisons d’un combat», *Le Monde*, 15.II.2002, pp. 16-17. Entre los firmantes, junto a algunas personalidades del espectro “liberal” estadounidense, como el propio Walzer, figuran otros destacados intelectuales conservadores, como F. Fukuyama o S. Huntington. El documento parece auspiciado en primera instancia por el Institute for American Values, un organismo de investigación privado preocupado por los valores morales de la sociedad estadounidense.

¹¹¹ Walzer trata sobre la guerra preventiva y los ataques anticipatorios en la segunda parte de su libro (“Teoría de la agresión”), cap. 5, “Las anticipaciones” (*o.c.*, p.118 ss.). En su opinión, la guerra preventiva presupone una norma de referencia, no escrita: se trata del equilibrio de poder en el escenario internacional. Alude, como casos paradigmáticos, a la Guerra de Sucesión española, a principios del siglo XVIII, tras la muerte del último monarca de la Casa de Austria y a la Guerra de los Seis Días en Oriente Próximo en 1967 (legítima para Walzer).

¹¹² R. SÁNCHEZ FERLOSIO, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Barcelona, Destino, 2002, esp. el cap. III, “Campo de Marte”. Ferlosio es muy crítico con los EEUU y su autoproclamación como adalid de la libertad universal. Respecto a las disquisiciones de Walzer sobre guerras justas e injustas y su concreción en el manifiesto, plantea que no se trata tanto de un problema de derecho, cuanto de poder y cuestiona la misma idea de *ius in bello* (los medios legítimos para hacer la guerra), por el grado de contingencia que implican, contrario a la idea misma de *ius*, y por su vinculación a un horizonte, el de la victoria, inseparable de la ideología militar. No rechaza la normativa en cuanto tal, pero sí que se considere *ius*. Ferlosio va más allá y denuncia todos los elementos que acompañan a la guerra (industria de armamentos, permanente carrera tecnológico-militar, burocracia militar, patriotismo desaforado, etc.). En acertada frase, define este último como *droga euforizante que muestra a la patria como auténtica hija congénita de la guerra*. Sobre el manifiesto, también J. ÁLVAREZ DORRONSORO, “La Carta de América. Razones de una intervención”, en Informe La guerra de Bush contra el terrorismo”, *página abierta* 125 (abril, 2002), 1-8.

Ante la existencia hoy por hoy incuestionable de la guerra, resulta importante el esfuerzo teórico de pensadores como Walzer para introducir un horizonte moral en el análisis de las guerras y sus circunstancias. No obstante, cabe también seguir a Sánchez Ferlosio y hacer una enmienda a la totalidad al planteamiento general de Walzer, en especial ante la evolución de los conflictos bélicos tras la II Guerra Mundial. En ese sentido, le asistía toda la razón a Walter Benjamin cuando, a la vista del creciente impacto de las guerras sobre la población civil, afirmaba que ya no podía haber guerras justas, porque entre las víctimas sería imposible distinguir entre población civil y militar.¹¹³ La evolución de las últimas décadas le ha dado la razón a Benjamin y, en consecuencia, no parece una concesión a la demagogia o a la ingenuidad, sino un planteamiento legítimo, llegar a la conclusión de la que la única guerra justa es la no-guerra.

También respecto al imperialismo romano es pertinente este planteamiento crítico. No se trata de juzgar a los romanos por su falta de pacifismo, algo evidentemente anacrónico, cuanto de calibrar nuestras valoraciones a la luz de los parámetros interpretativos actuales. Incluso si aceptáramos la crítica que hace Serwin-White a las tesis centrales de Harris¹¹⁴, esto es, si colocáramos en primer plano el impacto traumático en la mentalidad romana de las invasiones de Italia por Pirro, Aníbal y los galos, ello no debería llevar a legitimar una respuesta agresiva. Si el miedo consiguiente, el “miedo justo” del que habla Walzer, ha podido justificar la tesis tradicional del imperialismo defensivo, tanto para los propios romanos como para Mommsen muchos siglos después, hoy creo que resulta inaceptable.

En última instancia, el problema es la asunción de la guerra como procedimiento válido para resolver las relaciones entre los pueblos. Quizá haya llegado el momento de cuestionar de forma radical la tradición heredada en Occidente sobre la cuestión e intentar plantear el problema de la paz en otros términos. Es posible que esta perspectiva obligue a una revisión profunda de nuestras tradiciones culturales y políticas: más todavía, a un cuestionamiento de la propia civilización occidental y sus valores dominantes, en particular el de la violencia. Un “programa” tal, como el que puedan plantear John Galtung¹¹⁵ y otros autores, debe incluir necesariamente una historia crítica de la noción de “guerra justa”.

¹¹³ Lo recordaba recientemente Reyes Mate en una entrevista, a propósito de la presentación de dos obras suyas sobre Auschwitz (EL PAIS, 24.XI.03).

¹¹⁴ Vid. n. 92.

¹¹⁵ Véase su reciente *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Bilbao-Gernika, 2003 (Oslo, 1996).

